



Escritoras en la Edad Media

Pilar Cabanes Jiménez

Universidad de Cádiz

Si alguna mujer aprende tanto como para escribir sus pensamientos, que lo haga y que no desprecie el honor sino más bien que lo exhiba,

en vez de exhibir ropas
finas, collares o anillos...
(Cristina de Pisan)

El papel de la mujer como literata ha sufrido una majestuosa transformación en los dos últimos siglos. A lo largo del siglo XX y en el XXI, asistimos a la entrada masiva de la mujer en el ámbito literario. Esto se debe a una serie de transformaciones de índole social, económica e ideológica como, por ejemplo, los adelantos tecnológicos, el aumento de la clase media, la reivindicación de las minorías, las revoluciones políticas y los movimientos feministas. Sin embargo, siglos atrás, la mujer lo ha tenido muy difícil para incursionar en el ámbito literario. Pero, pese a las restricciones impuestas por su condición genérica, ha habido mujeres que se han enfrentado a su época y han tomado su pluma en honor a la creación literaria.

Estas mujeres escritoras constituyen una excepción dentro de un mundo cultural adscrito a los varones. Y es que la escritura no se encontraba entre las tareas asignadas a éstas. La mujer ideal debía dedicarse a desempeñar las labores de esposa y de madre; o bien, dedicarse al mundo conventual. Su existencia no tenía, pues, valor en sí misma, sino que estaba subordinada al otro: el marido o Dios.

La sociedad educaba a la mujer para desempeñar papeles eminentemente pasivos: casamiento, gestación, parto, lactancia. En el matrimonio no tendía a buscar, sino a ser buscada. La fecundación, el parto y la lactancia, le venían dados.

La actividad femenina consistía en recibir y aceptar. Hechos estos muy distintos a la decisión personal de ponerse a escribir, escoger el tema, el género, decidir y elegir.

Otro asunto que debemos tener en cuenta es la imagen que ha ofrecido el hombre de la mujer en sus creaciones literarias, esto es, la imagen de la mujer como objeto.

La imaginería popular plasmó una figura de la mujer distorsionada, irreal y tendente a los extremos. Ésta aparece representada como un ángel o un diablo, como la madre de Dios o la tentadora y perdedora del hombre. Se trata de una valoración simplista, parcial, en la que entran en juego dos rasgos sumamente conflictivos, la maternidad y la sexualidad, de los que se derivan dos tipos de mujer: la prostituta y la madre. Por otra parte, hemos de tener presente un dato esencial que puede darnos la clave de esta visión tan simplificadora: La mayoría de los escritos plasman el punto de vista masculino. Y, detrás de muchos de los textos en los que se alza la voz de una mujer, encontramos un varón, que ha adoptado una personalidad ficticia. Con palabras de J. E. Ruiz Doménec, *la mirada masculina recorre con cuidado los rasgos femeninos. Los clasifica. Piensa en ellos con intensidad. No pregunta, sin embargo. Ella permanece en silencio, a la espera de algo* [1].

La conquista de la figura de la mujer como un ser original, único, no supeditado al hombre, a la procreación, tardará muchos siglos en llevarse a cabo con éxito. La aceptación de que no existe la mujer, sino las mujeres individuales; y de que no existe un modelo femenino sino multiplicidad de imágenes.

En este artículo, queremos recordar a algunas mujeres del pasado que tomaron su pluma y quisieron ser sujetos; que aportaron una imagen de la mujer más rica y compleja que la que habían plasmado ciertos colectivos: teólogos, filósofos, poetas, etc.

Como bien apuntó Cristina Segura Grañó [2], para un conocimiento más profundo de la figura femenina se *nos impone acudir a los textos escritos por éstas*, esto es, poesías, cartas, biografías. Aunque no debemos pasar por alto que a estas mujeres les resultaría muy difícil -por no decir imposible- eludir la presión de la mentalidad masculina y expresarse libremente. Por eso, únicamente podemos atisbar una reducida esfera de la verdadera esencia femenina.

En la Edad Media destacamos a **Eloísa**, autora de unas conmovedoras y apasionadas cartas a su amado Abelardo.



Abelardo fue un joven y famoso teólogo francés del siglo XII, profesor de la catedral de Notre Dame, en París. El canon de la catedral lo contrató para que diera clases privadas a su hermosa y culta sobrina Eloísa, quien a la edad de 17 años ya sabía teología, filosofía, griego, hebreo y latín.

Cometieron el error de enamorarse, a pesar de los planes del tío de Eloísa de casarla con un importante aristócrata. Se fugaron a las tierras de Abelardo en Bretaña, contrajeron matrimonio y tuvieron un hijo. Pero el tío de Eloísa no pudo perdonar a Abelardo, a quien acusaba de seducción, y contrató a unos matones que lo castraron.

Eloísa, joven aún, se quejaba ante el mundo y ante Dios. Consideraba abominable la terrible mutilación de su amado y le repetía que seguiría queriéndolo toda la vida.

Abelardo, finalmente, decidió meterse a monje, a pesar de las protestas de su amada. Y aunque a ella no le quedó más remedio que meterse a monja también, pasó el resto de su vida desesperadamente enamorada de Abelardo. Nunca dejó de amarlo. Tampoco perdonó jamás a su tío, ni a la iglesia, ni a Dios.

Abelardo más o menos se resignó. Llegó a afirmar que su tragedia era un merecido castigo divino: había pecado con Eloísa. A Eloísa, en cambio, le ocurrió lo contrario: cada día se sentía más rebelde contra el mundo y crecía más su angustia.

En sus cartas podemos vislumbrar no sólo el dolor que sentía por su trágica historia con Abelardo; sino el concepto que tenía sobre el amor y una visión sobre la mujer. Así, advertimos que estaba influenciada por la visión que tenían los hombres del género femenino. Se creía inferior a su amado. Esto explica que se maraville cuando éste le contesta una de sus cartas invirtiendo el *orden natural*:

Yo me admiro, mi bien amado, de que derogando en vuestra carta el uso ordinario y también el orden natural de las cosas, para la fórmula del saludo, vos, por deferencia, habéis puesto mi nombre antes del vuestro: una mujer antes que un hombre, una esposa antes de su marido, una sierva antes de su amo, una monja antes que un monje y sacerdote, una diaconisa antes que un abad [3].

Por otra parte, se sentía responsable de las desgracias que le habían acontecido a su esposo. Es más, siguiendo la estela de los autores más misóginos, afirmaba que el género femenino había sido el causante de muchas de las desgracias del hombre:

¡Era preciso que yo viniese al mundo para ser la causa de tan espantoso crimen! ¡Sexo fatal! ¡El será, pues, siempre la pérdida y el azote de los más grandes hombres! También el libro de los Proverbios nos enseña que debe guardarse de la mujer: "(...) su casa es el camino del infierno; ella conduce hasta las profundidades de la muerte". El Eclesiástico dice también: "(...) he encontrado que la mujer es más amarga que la muerte; ella es la red del cazador: su corazón es una lanza y sus manos son cadenas. Aquel que es agradable á Dios, se salvará de ella; pero el pecador caerá en sus lazos". Desde un principio, la primera mujer ha seducido á su esposo y le hizo echar del paraíso... [4]

Asimismo, Eloísa, siguiendo a Aristóteles y a los pensadores de su tiempo, afirmaba que las mujeres eran más vacilantes que los hombres en la contención de sus deseos carnales:

Los mismos Concilios han decidido, en favor á nuestra debilidad, no ordenar de diáconas antes de los cuarenta años, y esto después de grandes pruebas, mientras que los hombres lo pueden ser á los veinte [5].

Y tenía la noción de que el género femenino era más débil que el masculino:

¿No es, pues, separarse de la prudencia y de la razón el no consultar las fuerzas de aquellos á quienes se les imponen cargas, y a forzar a la naturaleza en su constitución? (...) ¿Los mismos deberes a los enfermos que a los sanos? ¿A una mujer que a un hombre? ¿Al sexo débil como al fuerte?

Pese a que el concepto que Eloísa tenía de sí misma, en particular, y del sexo femenino, en general, estaba influenciado por la visión masculina; hallamos elementos desestabilizadores que no casan con el modelo de mujer impuesto por el hombre. Esto es lo verdaderamente interesante, lo esencial, para descubrir la auténtica esencia de la mujer, oculta, prisionera, esperando a ser hallada, liberada. Así, en abierta oposición a lo moralmente lícito, Eloísa confiesa que más que la esposa de su amado preferiría haber sido su amante su o su concubina:

Aunque el nombre de esposa sea juzgado más santo y más fuerte, otro hubiera sido siempre más duce a mi corazón: el de vuestra amante, y lo diré sin ofenderos, el de vuestra concubina [6].

Este deseo responde a la concepción del matrimonio, no como un vínculo que sellaba el amor, sino como un contrato promovido por intereses materiales. Frente a esta implacable realidad, la autora reivindica el amor verdadero:

Nunca, Dios lo sabe, he buscado en vos otra cosa que á vos mismo. Es á vos, á vos solo, no a vuestros bienes a quien yo amo [7].

Y, pese a la imagen que dan los hombres del género femenino como dominado por su sexo, esta mujer siente que su amor la hace trascender más allá de éste:

Vuestro amor me había elevado demasiado por encima de mi sexo [8].

Otra figura femenina destacada es **Hidalgarda de Bingen**, mística, visionaria, escritora y compositora..



Esta mujer poseía una asombrosa cultura enciclopédica. Investigó sobre las ciencias naturales y la medicina. Describió decenas de nuevas especies animales. Asimismo, fue una estudiosa y erudita teóloga. Y no debemos olvidar su papel como artista, dibujante, poetisa y compositora de música.

La autora quiso enseñar y hacer carrera eclesiástica; pero, pese a su basta cultura, se le negó su derecho a la enseñanza únicamente por ser una mujer.

Hidalgarda tenía visiones y las puso por escrito ante la necesidad de transmitir su experiencia de Dios.

En el *Liber divinorum operum* (*El libro de las obras divinas*), la religiosa manifiesta el sentir del medievo, que reconocía al hombre subordinado a Dios y la mujer, al hombre. Sin embargo, en la visión que tenía la religiosa del género femenino, hallamos matices que nos resultan impactantes. Así, relacionaba la unión carnal -*fortitudo* (potencia), *concupiscencia* (deseo) y *studium* (acto)- con la obra de la trinidad, analogía que pone de manifiesto, como ya advirtieron G. Épiney-Burgard y E. Zum Brunn,. la importancia que otorgaba esta mujer a la unión de los cuerpos en el amor [9]. Por otra parte, no deja de llamarnos la atención la libertad con que la autora se refería al amor divino, invocando imágenes y sentimientos más cercanos a la pasión erótica que al éxtasis místico. Esto se debía a la consideración de que la pasión de los enamorados, la intensidad del amor, podía asimilarse al sentimiento del amor a Dios. Esta forma de expresión resulta cercana para la comprensión de la experiencia mística.

Destacan, también, las numerosas cartas que la autora escribió a diferentes personalidades de gran relevancia: San Bernardo de Clairvaux, el papa Eugenio III, el maestro Odo de Soissons, la abadesa Tengswich von Andernach, Guilberto de Gembloux, etc.

Otras autoras importantes en la Edad Media fueron las *trobairitz*. En sus composiciones, como señala M. Pereira [10], destaca la capacidad de expresar el deseo femenino sin sublimarlo pero también sin reducirlo a exceso informe, capacidad que nace también o quizá sobre todo de su posibilidad de formar y afinar su pensamiento en un ámbito de relaciones entre mujeres, cuya posibilidad concreta y cuya valencia política en el sur de Francia en esta época ha sido mostradas.



Las canciones de estas autoras ponen de manifiesto el amor más apasionado y sensual. Las alusiones al deseo carnal y a la realización del mismo son muy explícitas. Uno de los ejemplos más ilustrativos lo hallamos en la **condesa (¿Beatriz?) de Dia**.

Los datos que manejamos sobre la biografía de la autora son bastante escasos.

La condessa de Dia fue esposa de Guilhen de Petieu, dama hermosa y buena. Y se enamoró de Raimbault d'Arenga y compuso sobre él muchas buenas canciones [11].

En los textos que tomamos como referencia, la autora canta su amor hacia el trovador Rimbaud de Orange. Nos hallamos ante el caso de una mujer que declara abiertamente el deseo de que su amante la posea:

*Mout mi plai, quar sai que val mais
cel qu'ieu plus desir que m'aia,
e cel que primiers lo matrais
Dieu prec que gran joi L'atraia [12].*

Pero va más allá, al hacer referencias explícitas a las relaciones sexuales que había mantenido con él y a las que anhela tener. Y no sólo se contempla a sí misma como receptora pasiva del placer sexual, sino tomando la iniciativa, con poder de actuación:

*Estat ai en greu cossirier
per un cacavallier qu'ai agut,
e vuoil sia totz temps saubut
cum ieu l'ai amat a sobnier;
ara vei qui, eu sui tiahida
car iesu non li donei m'amor,
don ai estat en gran error
en lieig e quand sui vestida.*

*Ben volria mon cavallier
tener un ser en mos bratz nut,
qu'el s'en tengra per erevbut
sol qu'a lui fezes cosseillier;
car plus m'en sui abellida
no fetz Floris de Bancrefor:
ieu l'autrei mon cor e m'amor
mon sen, mos huoills e ma vida.
Bel amics avinens e bos,
cora us tenrai en mon poder?
e que jagues ab vos uns er*

*e qu'ie us des un bais amors;
 sapchatz, gran talan n'auría
 qu'ie us tengues en loc del marit,
 ab su que m'aguessetz pleuit
 de fat tot so qu'ieu volria [13].*

Otra trovadora, **María de Ventardorn**, aboga por la igualdad del hombre y la mujer en la relación amorosa, rompiendo con el tópico literario de la superioridad femenina y con la inferioridad tan presente en la vida real:

*El drutz deu far precz e comandamen
 cum per amig'e per dompn' eistamen
 e dompna deu a son drut far honor
 cum ad amic, mas non cum a seignur [14].*

Y **Alais, Iselda y Carena** son las protagonistas de una composición excepcional y muy reveladora en lo que a la definición del deseo femenino se refiere. El rechazo a la maternidad implica la conciencia de la valía de la mujer en sí misma, no supeditada a la procreación:

*Na Carena, pense marit m'agenza,
 ma far enfantz cug qu'es grans
 penedanz
 que las tetinhas pendon ava a jos,
 El ventrilhs es cargatz e enojos [15].*

Otra voz muy interesante e iluminadora la encontramos en **María de Francia**.

No se sabe casi nada de esta escritora, que únicamente afirma en una de sus obras que se llama María y que es de Francia. Probablemente de origen noble, parece que vivió en la corte de Inglaterra, donde Leonor de Aquitania había creado un centro de cultura francesa. Tradujo al latín algunas fábulas de Fedro, que agrupó bajo el nombre de Ysopet , y una narración de san Patricio sobre el purgatorio.

La autora es conocida sobre todo por sus *Lais* , doce breves narraciones en verso de tradición bretona. Elegantes, poéticas y evocadoras, tratan temas amorosos y contienen numerosos elementos mágicos y fantásticos.

Los *Lais* nos resultan sumamente reveladores en cuanto contienen variantes subversivas. Por ejemplo, la libertad que le concede al género femenino. Así, en muchos de sus relatos es la mujer la que da el primer paso, es decir, la que toma la iniciativa:

*M'amur e mun cors vus otrei:
 vostre drue faites de mei! [16]*

Asimismo, defiende el amor libre, verdadero. De ahí que el matrimonio concertado, supeditado a intereses sociales y económicos, aparece en sus historias como el más aborrecible destino:

*Jeo ne soi pas que fust illi,
 ainz quidoue aveir mun ami;
 entre nus celissum l'afaire,
 ja ne l'oi'sse aillurs retraire.
 Mielz me vendreit murir que vivre.*

Otro motivo por el que consideramos importante la figura de María de Francia y sus lais es por el hecho de que instauraron un nuevo género literario y sirvió de modelo a los autores que trataron la narrativa en verso y la materia de Bretaña.

El arte de crear no estaba adscrito al género masculino. Una mujer, María, serviría de referencia para los hombres que quisieran cultivar este género.

Una mujer creativa que tuvo la valentía de innovar, de ir más allá de los modelos masculinos establecidos.

Otra escritora medieval esencial fue **Cristina de Pizán**, poeta, prosista y humanista francesa. Nacida en Venecia en 1364, Cristina tuvo una infancia privilegiada: su padre era un importante médico veneciano, llamado a Francia por Carlos V el Prudente cuando ella era aún muy niña. Se crió en el magnífico entorno del Louvre y fue instruida por su propio padre en el conocimiento de los clásicos, en el amor por la literatura y las ciencias. A los quince años se casó con uno de los secretarios del rey, del cual, según sus escritos, estuvo muy enamorada.

Todo parecía tranquilo en aquella vida acomodada, pero el destino fue implacable con tan sólo 25 años perdió a su padre y a su marido. Desde ese momento, se vio obligada a sacar adelante a su madre y sus tres hijos aún muy pequeños. Y lo hizo gracias al don que tenía para la escritura. Sus recopilaciones de poemas, sus tratados morales, políticos e históricos, hicieron que pudiera mantener a los suyos.



La voz de Cristina de Pizán es muy importante en cuanto llega hasta nosotros como una de las primeras referencias de esa forma de pensamiento igualitario que con los siglos sería llamada feminismo. Culta, valiente, llena de talento y solidaria, inició un intenso debate -la “querelle des dames”- con algunos de los sabios más reconocidos de su tiempo, en torno a la condición femenina: Cristina empuñó la pluma para defender la idea de que las mujeres podían ser inteligentes, virtuosas y valientes, y no necesariamente estúpidas y viciosas, como tantos tratadistas misóginos sostenían. Destacamos su obra en prosa en la que defiende a las mujeres frente a las calumnias de Meung en el *Roman de la Rose*. En ésta se incluyen *Epístola del amor*, que fue escrita para oponerse a las actitudes cortesanas con respecto al amor, y *Las ciudad de las damas*, una relación de las hazañas heroicas de las mujeres. También es digna de mención su autobiografía *La visión de Christine*, réplica a sus detractores.

Seguidamente, ofrecemos un fragmento de *La ciudad de las damas*, en el que la autora aboga por la educación femenina y critica *las severas leyes de los hombres* que impiden a la mujer *el estudio de las ciencias y otras disciplinas*:

Si fuera costumbre mandar a las niñas a las escuelas e hiciéranles luego aprender las ciencias, cual se hace con los niños, ellas aprenderían a la perfección y entenderían las sutilezas de todas las artes y ciencias por igual a ellos...pues...aunque en tanto que mujeres tienen un cuerpo más delicado que los hombres, más débil y menos apto para hacer algunas cosas, tanto ,más agudo y libre tienen el entendimiento cuando lo aplican.

Ha llegado el momento de que las severas leyes de los hombres dejen de impedirles a las mujeres el estudio de las ciencias y otras disciplinas.

Me parece que aquellas de nosotras que puedan valerse de esta libertad, codiciada durante tanto tiempo, deben estudiar para demostrarles a los hombres lo equivocados que estaban al privarnos de este honor y beneficio.

Y si alguna mujer aprende tanto como para escribir sus pensamientos, que lo haga y que no desprecie el honor sino más bien que lo exhiba, en vez de exhibir ropas finas, collares o anillos. Estas joyas son nuestras porque las usamos, pero el honor de la educación es completamente nuestro. [17].

Este texto de Cristina de Pizán sí que es una verdadera joya, sobre todo si lo situamos en su contexto histórico y advertimos el papel que se el daba a la mujer. Este escrito supone una manifestación explícita del derecho de la mujer no sólo a estudiar, sino a plasmar sus conocimientos, esto es, enseñar, labor no permitida para el género femenino. Con esta autora nos hallamos ante una de las primeras mujeres feministas de la historia. Por otra parte, el éxito que obtuvieron sus escritos hizo que llegara a ser la primera mujer que vivió profesionalmente de la literatura.

Otra autora, tal vez menos conocida, es **Leonor López de Córdoba [18]**. Esta mujer ha pasado a formar parte de la historia literaria española y de los estudios del género al ser una de las primeras autoras en lengua castellana de quien se conserva un texto autobiográfico, conocido como las Memorias de D^a Leonor López de Córdoba.

En esta obra, D^a Leonor narra en primera persona los duros avatares históricos a los que tuvo que enfrentarse, junto a su marido.

La vida de esta mujer estuvo llena de infortunios, sufriendo desde su niñez los rigores de la muerte y la persecución familiar. Su genealogía familiar la emparenta con familias de la alta alcurnia cordobesa y castellana.

Su madre, D^a Sancha Carrillo, de la que quedó huérfana en temprana edad, estaba emparentada con Alfonso XI, del que era sobrina.

Su padre, Martín López de Córdoba, era hijo del mayordomo de D^a Blanca, esposa del rey Pedro I y llegó a ser maestre de las órdenes de Calatrava y Alcántara. Perekó decapitado en Sevilla tras luchar en la sucesión de la dinastía castellana, cuando Leonor tenía 8 años de edad.

Su infancia estuvo, pues, marcada por el dolor y la muerte. Y lo mismo ocurriría en su madurez, ya que sufriría la pérdida de su hijo a la edad de doce años.

A comienzos del siglo XV, la vida de Leonor cambia, ya que fue nombrada camarera mayor de la reina D^a Catalina de Lancaster, nieta de Pedro I y viuda de Enrique III. Esto supone una transformación total en su existencia, hasta convertirse en una de las personas principales del reino de Castilla con grandes influencias políticas al ser consejera personal de la reina y del infante. Pero el hecho de que una mujer hubiera adquirido tanto poder político provocó la censura y el recelo de nobles y potentados.

La reina, influenciada por las tensiones internas y las intrigas, prescindirá de la que había sido su consejera.

D^a Leonor fue una de las pocas mujeres que supieron ocupar un espacio público en la época en la que le tocó vivir. Se convirtió por méritos propios, por su gran capacidad intelectual, en una de las figuras más destacadas de su tiempo.

Destaca, además, por haber hecho uso de la palabra y sacar a la luz un texto autobiográfico, donde se cuenta en primera persona la vida de una mujer.

A lo largo de este artículo hemos destacado el hecho de que generaciones y generaciones de mujeres han vivido confinadas en el silencio y la sumisión al poder masculino. La mayoría ha respetado e interiorizado, durante siglos, el limitado marco vital, ideológico y moral que se les concedía, así como los roles y los estereotipos femeninos.

Por otra parte, hemos señalado como la mujer ha sido objeto de numerosas creaciones literarias. Y, en la mayoría de los casos, ha aparecido plasmada en una imagen tendente a los extremos: Como María, la madre de Jesús, la dama virtuosa, que semejava un ángel; o como Eva, la tentadora y perdedora del hombre, la prostituta, la concubina, la amante.

Pero hemos revelado, a través del análisis de las obras escritas por las propias mujeres, que ellas trataban de ofrecer una imagen bien distinta de su género.

Cuando las mujeres se miran ante el espejo, el suyo propio y no el masculino, advierten y quieren dejar constancia, a través de sus escritos, de que no existe un modelo femenino sino multiplicidad de imágenes.

Mujeres lascivas y virginales, impulsivas y recatadas, apasionadas y frías, intelectuales y analfabetas, y, entre éstas, toda una gama de términos medios.

Por otra parte, hemos contemplado con orgullo, como algunas mujeres han escapado a las normas y han tratado de desarrollar su inteligencia y su talento, logrando comunicarse a través de sus propias obras, como sujetos.

Mujeres creadoras y sabias, escritoras que se rebelaron contra el orden imperante y tuvieron que vivir, muchas de ellas, entre dudas, temores y persecuciones.

Algunas llegaron a obtener el reconocimiento de sus contemporáneos, como Hildegarda de Bingen, consejera de papas y emperadores, María de Francia, creadora de un nuevo género, los lais, o Cristina de Pisan, cronista de la historia de Francia y defensora del género femenino.

La mayoría de las escritoras que hemos recordado en este artículo, no se resignaron a su suerte. Si bien no pudieron cambiar una sociedad que las coartaba, que les impedía realizarse plenamente como personas; al menos se quejaron de ella, de sus injusticias, a través de sus poemas, sus memorias, sus cartas...

Y existieron muchas escritoras más de las que hemos analizado en este trabajo, Minicea de Játiva, Brunequilada, Florentina, Dhuoda, Rosvita de Gandersheim, Marguerite Porete, Catalina de Siena, Teresa de Cartagena, Florencia Pinar, etc.

Sin duda, hay que reconocerlas a todas ellas como piezas fundamentales para la historia de liberación posterior.

Y aún quedan muchas voces femeninas que descubrir e investigar. Muchas más de las que actualmente conocemos, que esperan a ser rescatadas y liberadas, como decía Cernuda, de *allá, allá lejos, donde habite el olvido*.

Notas:

[1] J.E. Ruiz Doménech, *La mujer que mira*, Quaderns Crema, Barcelona, 1986, p.26.

[2] C. Segura Grañó, *La voz del silencio*, (siglos VIII al XVIII), Laya, Madrid, 1992, p.10.

[3] *Abelardo y Eloísa*, trad. por E. González Blanco, La España Moderna, Madrid, p. 192..

[4] *Ob.cit.*, pp. 194-195.

[5] *Ob.cit.*, p. 237.

[6] *Ob.cit.*, p. 189.

[7] *Ob.cit.*, p.172.

[8] *Ob.cit.*, p. 192.

[9] Épiey-Burgard, G. y Zum Brunn, E., “Hidalgarda de Bingen” y “Cartas y visiones de Hidelgarda”, *Mujeres trovadoras de Dios. Una tradición silenciada de la Europa medieval*, Paidós, Barcelona, 1988, pp.35-72. La importancia de la unión de los cuerpos para la autora aparece destacada en la p. 48.

[10] M. Pereira, “Introducción” a las obras de M. Martinengo, *Las trovadoras*, trad. MM Rivera y A. Mañeru, ed. C. Jourdan, Horas, Madrid, 1997, p. 11.

[11] M. Riquer, “La comtessa de Dia”, *Los trovadores. Historia literaria y textos*, Planeta, Barcelona, 1975, II, p. 793.

[12] *Ob.cit.*, p. 58: *Mucho me place, desde que sé que es el más valiente / aquel que más deseo que me posea, / y ruego a Dios que le de felicidad / a aquel que primero lo atrajo hacia mí.*

- [13] Ob.cit., p.62: *He estado muy angustiada / por una caballero que he tenido / y quiero que por siempre sea sabido / como le he amado sin medida; / ahora comprendo que yo me he engañado / porque no le he dado mi amor, / por eso he vivido en el error / tanto en el lecho como vestida // Cómo querría una tarde tener / a mi caballero, desnudo, entre los brazos, / y que él se considerase feliz / con que solo lo hiciese de almohada; / lo que me deja más encantada / que Floris de Blancaflor: / yo le dono mi corazón y mi amor, / mi razón, mis ojos y mi vida. // Bello amigo amable y bueno, / ¿cuándo os tendré en mi poder? / ¡Podría yacer a vuestro lado un atardecer / y podría daros un beso apasionado! / Sabed que tendría gran deseo / de teneros en el lugar del marido, / con la condición de que me concedierais / hacer todo lo que quisiera.*
- [14] Ob.cit., p. 72-73: *El amante debe presentar sus súplicas / y las peticiones del mismo modo a una dama a a una amiga / mientras la dama debe honrar al propio amante / como a una maigo, mas no como a un señor.*
- [15] Ob.cit., p117: *Señora Careza, tomar marido me place, / pero hacer niños creo que es gran / penitencia/ porque luego los senos penden hacia abajo / y el vientre se vuelve hinchado y enojoso.*
- [16] Lais de Marie de France, ed. K Warnke, *Lettres gottiques*, Librairie Générale française, Biclavret, 1990, IV, p.122, vs. 115-116 : *Haced de mi vuestra amante.*
- [17] Cristina de Pizán, *La ciudad de las damas*, ed. Marie-José Lemarchand, Siruela, Madrid, 1995..
- [18] Gómez Sierra, E., “La voz del silencio. Memorias de Leonor López de Córdoba”, en *La voz del silencio. Fuentes directas para la historia de las mujeres*, Al-Mudayna, Madrid, 1992, pp.111-129.

© Pilar Cabanes Jiménez 2006

Espéculo. Revista de estudios literarios. Universidad Complutense de Madrid

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

